

Fuente: Reforma  
Fecha: 26/08/1996  
Folio: 43673  
Medida: 7304

#### Plaza Pública / Cuarto sector

No es nueva, y no sería anómala, la integración de los empresarios al PRI. Más todavía, tampoco es la primera vez que se demanda la configuración del cuarto sector, idea bien vista por líderes nacionales priístas como Lauro Ortega.

Miguel Angel Granados Chapa

Patrocino el PRI, la semana pasada, un Foro Empresarial Nacionalista, a cuya terminación ocurrieron, el jueves 22, dos hechos sobresalientes. Por un lado, los participantes fueron recibidos en Los Pinos por el presidente Zedillo, que de ese modo rectificó una vez más en la práctica su original decisión de establecer una sana distancia entre su partido y la institución presidencial. Cualesquiera que hayan sido las causas para enmendar su propósito inicial, es claro que ha resuelto continuar la tradición que hizo del presidente de la República el jefe del PRI, al que los militantes deben acatamiento y rinden pleitesía. Por otra parte, las conclusiones del Foro refrendaron una añeja petición empresarial, la de crear un cuarto sector en el partido gubernamental, en vez de que los empresarios sigan siendo parte del popular, que junto con el campesino y el obrero forman la estructura sectorial que el neopriísmo ha querido suprimir, sin éxito.

Al contrario de lo que una impresión superficial sugeriría, no es contra natura la presencia y la influencia empresariales en el PRI. Basta recordar el hecho simple, y significativo, de que el fundador del partido, el general Plutarco Elías Calles se convirtiera en un relevante hombre de negocios mientras seguía siendo un determinante hombre de Estado, para saber que las esferas correspondientes no han sido mundos ajenos y mucho menos antagonizados. Por añadidura, en el instante mismo del nacimiento del PNR, abuelo del PRI, estuvo a punto de ser su primer candidato presidencial el general y licenciado Aarón Sáenz, quien terminó sus días, frustrada aquella posibilidad, como prosperísimo empresario y banquero, cabeza de los industriales azucareros.

La nómina de los grandes capitanes del sector privado que han tenido militancia abierta en el PRI es vastísima. Y por supuesto no han sido miembros secundarios, ni marginales.

Cada legislatura ha contado con representantes priístas de dicho sector, y también los ha habido en el gabinete presidencial y en las gubernaturas. Ahora mismo, es secretario de Contraloría y Desarrollo Administrativo el licenciado Arsenio Farrell, que presidió la misma Cámara Nacional de la Industria Azucarera de que Sáenz fue patriarca. El gobernador de Nuevo León, Benjamín Clariond, ha acompasado sus ritmos de empresario y político, aunque en esa combinación nadie supera la legendaria presencia del profesor Carlos Hank González. Durante la campaña electoral de 1988, a su propia influencia el ex gobernador del estado de México agregó la de otros capitalistas muy poderosos, la mayor parte de los cuales fueron invitados a la famosa cena en casa del licenciado Antonio Ortiz Mena, en febrero de 1993, donde convinieron en pagar generosas cuotas al partido gubernamental.

Formaran parte o no del elenco de invitados a ese ágape, cuyo protagonista fue el propio presidente Salinas, varios empresarios de alto coturno tomaron a pecho sus contribuciones pecuniarias al PRI. Para mala suerte de ese partido, algunos de ellos pronto pasaron de ser puntuales y liberales cotizantes a ser prófugos de la justicia, como los señores Gerardo de Prevoisin, Angel Rodríguez y Carlos Cabal Peniche. La participación de este último, o de personas de su confianza, en el financiamiento del gasto priísta en Tabasco, no ha podido esclarecerse, por cierto, de un modo formal, porque la Procuraduría General de la República tampoco en este caso ha mostrado la celeridad y eficacia que es exigible cuando se trata de procurar justicia.

Esos priístas distinguidos, cuya militancia está hoy interrumpida por causas ajenas a su voluntad, formaron parte de las "células empresariales" (paradójica denominación si se toma en cuenta que la

estructura celular fue propia de los partidos comunistas), organizadas por dos actuales y eminentes funcionarios del gobierno federal, el regente capitalino Oscar Espinosa Villarreal y el director de Nacional Financiera, Gilberto Borja.

No tuvieron que batallar mucho para atraer a empresarios militantes, pues buena parte de ellos se reclutaron en las filas de quienes habían participado en las privatizaciones, aunque no todos los convocados en esa época eran neopriístas. Había casos de antigua militancia en el partido y en los grupos empresariales, como el de los miembros de la familia Alcántara. El patriarca del grupo, Jesús Alcántara Miranda, sería el líder del cuarto sector, si esa iniciativa prosperara, como fue el organizador del Foro donde la moción recibió curso. Su heredero, conocido ya como el resto de la familia en los ambientes del transporte, ensanchó su fama al ingresar, primero, al sector de las finanzas, a través de BanCrecer, y luego a las noticias sobre la violencia política. En efecto, el señor Roberto Alcántara, tuvo que comparecer ante el juez que encabeza los procesos por el asesinato de Luis Donald Colosio, porque organizó a los empresarios que pagaron la tropilla de ciento sesenta guardianes que, con obvia inutilidad, tenían a su protección de su candidato presidencial.

No es nueva, pues, y no sería anómala, la integración de los empresarios al PRI. Más todavía, tampoco es la primera vez que se demanda la configuración del cuarto sector, idea bien vista por líderes nacionales priístas como Lauro Ortega, pero considerada con reticencias por don Jesús Reyes Heróles, quien a menudo subrayó la incompatibilidad entre los negocios públicos y los privados. De modo que el hecho mismo, y su formalización (y aun el auspicio que recibió del presidente Zedillo) no son notables por insólitos, sino porque dan cuenta del despliegue de intereses en torno de la decimoséptima asamblea del partido gubernamental, que estará concluyendo dentro de un mes. Durante ese acontecimiento, el PRI deberá resolver el dilema clásico que fuerza a escoger entre renovarse o morir. Y si está en posibilidad de elegir el primer extremo, ese partido deberá dilucidar si puede seguir jugando la ficción, de talante totalitario, de que puede representar todos los intereses, todo el tiempo, con la misma intensidad y eficacia.

Luego de su definición proletarista, cuando fue Partido de la Revolución Mexicana, el PRI arribó a la conclusión de que no era un partido de clase sino de clases, incluyente, heterogéneo. No requirió para ello escindir el sector popular, donde cabían lo mismo boleros y voceadores, locatarios de mercados y choferes de taxis, que banqueros y empresarios. El partido gubernamental decidirá ahora si ese abigarramiento es viable hoy como lo fue ayer.

La nómina de los grandes capitanes del sector privado que han tenido militancia abierta en el PRI es vastísima. Y por supuesto no han sido miembros secundarios, ni marginales.

Descriptores: Página Editorial Columna Plaza Pública

Título: Plaza Pública/ Héros y Villanos

Fuente: Reforma

Fecha: 25/08/1996

Folio: 43542

Medida: 15478

## PLAZA PÚBLICA

MIGUEL ANGEL GRANADOS CHAPA

## Cuarto sector

No es nueva, y no sería anómala, la integración de los empresarios al PRI. Más todavía, tampoco es la primera vez que se demanda la configuración del cuarto sector, idea bien vista por líderes nacionales priístas como Lauro Ortega.



**P**ATROCINÓ EL PRI, LA SEMANA PASADA, UN Foro Empresarial Nacionalista, a cuya terminación ocurrieron, el jueves 22, dos hechos sobresalientes. Por un lado, los participantes fueron recibidos en Los Pinos por el presidente Zedillo, que de ese modo rectificó una vez más en la práctica su original decisión de establecer una sana distancia entre su partido y la institución presidencial. Cualesquiera que hayan sido las causas para enmendar su propósito inicial, es claro que ha resuelto continuar la tradición que hizo del presidente de la República el jefe del PRI, al que los militantes deben acatamiento y rinden pleitesía. Por otra parte, las conclusiones del Foro refrendaron una añeja petición empresarial, la de crear un cuarto sector en el partido gubernamental, en vez de que los empresarios sigan siendo parte del popular, que junto con el campesino y el obrero forman la estructura sectorial que el neopriísmo ha querido suprimir, sin éxito.

Al contrario de lo que una impresión superficial sugeriría, no es contra natura la presencia y la influencia empresariales en el PRI. Basta recordar el hecho simple, y significativo, de que el fundador del partido, el general Plutarco Elías Calles se convirtiera en un relevante hombre de negocios mientras seguía siendo un determinante hombre de Estado, para saber que las esferas correspondientes no han sido mundos ajenos y mucho menos antagonizados. Por añadidura, en el instante mismo del nacimiento del PNR, abuelo del PRI, estuvo a punto de ser su primer candidato presidencial el general y licenciado Aarón Sáenz, quien terminó sus días, frustrada aquella posibilidad, como prosperísimo empresario y banquero, cabeza de los industriales azucareros.

La nómina de los grandes capitanes del sector privado que han tenido militancia abierta en el PRI es vastísima. Y por supuesto no han sido miembros secundarios, ni marginales. Cada legislatura ha contado con representantes priístas de dicho sector, y también los ha habido en el gabinete presidencial y en las gubernaturas. Ahora mismo, es secretario de Contraloría y Desarrollo Administrativo el licenciado Arsenio Farell, que presidió la mis-

ma Cámara Nacional de la Industria Azucarera de que Sáenz fue patriarca. El gobernador de Nuevo León, Benjamín Clariond, ha acompañado sus ritmos de empresario y político, aunque en esa combinación nadie supera la legendaria presencia del profesor Carlos Hank González. Durante la campaña electoral de 1988, a su propia influencia el ex gobernador del estado de México agregó la de otros capitalistas muy poderosos, la mayor parte de los cuales fueron invitados a la famosa cena en casa del licenciado Antonio Ortiz Mena, en febrero de 1993, donde convinieron en pagar generosas cuotas al partido gubernamental.

Formaran parte o no del elenco de invitados a ese ágape, cuyo protagonista fue el propio presidente Salinas, varios empresarios de alto coturno tomaron a pecho sus contribuciones pecuniarias al PRI. Para mala suerte de ese partido, algunos de ellos pronto pasaron de ser puntuales y liberales cotizantes a ser prófugos de la justicia, como los señores Gerardo de Prevoisin, Angel Rodríguez y Carlos Cabal Peniche. La participación de este último, o de personas de su confianza, en el financiamiento del gasto priísta en Tabasco, no ha podido esclarecerse, por cierto, de un modo formal, porque la Procuraduría General de la República tampoco en este caso ha mostrado la celeridad y eficacia que es exigible cuando se trata de procurar justicia.

Esos priístas distinguidos, cuya militancia está hoy interrumpida por causas ajenas a su voluntad, formaron parte de las "células empresariales" (paradójica denominación si se toma en cuenta que la estructura celular fue

propia de los partidos comunistas), organizadas por dos actuales y eminentes funcionarios del gobierno federal, el regente capitalino Oscar Espinosa Villarreal y el director de Nacional Financiera, Gilberto Borja. No tuvieron que batallar mucho para atraer a empresarios militantes, pues buena parte de ellos se reclutaron en las filas de quienes habían participado en las privatizaciones, aunque no todos los convocados en esa época eran neopriístas. Había casos de antigua militancia en el partido y en los grupos empresariales, como el de los miembros de la familia Alcántara. El patriarca del grupo, Jesús Alcántara Miranda, sería el líder del cuarto sector, si esa iniciativa prosperara, como fue el organizador del Foro donde la moción recibió curso. Su heredero, conocido ya como el resto de la familia en los ambientes del transporte, ensanchó su fama al ingresar, primero, al sector de las finanzas, a través de BanCreer, y luego a las noticias sobre la violencia política. En efecto, el señor Roberto Alcántara, tuvo que comparecer ante el juez que encabeza los procesos por el asesinato de Luis Donald Colosio, porque organizó a los empresarios que pagaron la tropilla de ciento sesenta guardias que, con obvia inutilidad, tenían a su cargo la protección de su candidato presidencial.

No es nueva, pues, y no sería anómala, la integración de los empresarios al PRI. Más todavía, tampoco es la primera vez que se demanda la configuración del cuarto sector, idea bien vista por líderes nacionales priístas como Lauro Ortega, pero considerada con reticencias por don Jesús Reyes Heróles, quien a menudo subrayó la incompatibilidad entre los negocios públicos y los privados. De modo que el hecho mismo, y su formalización (y aun el auspicio que recibió del presidente Zedillo) no son notables por insólitos, sino porque dan cuenta del despliegue de intereses en torno de la decimoséptima asamblea del partido gubernamental, que estará concluyendo dentro de un mes. Durante ese acontecimiento, el PRI deberá resolver el dilema clásico que fuerza a escoger entre renovarse o morir. Y si está en posibilidad de elegir el primer extremo, ese partido deberá dilucidar si puede seguir jugando la ficción, de talante totalitario, de que puede representar todos los intereses, todo el tiempo, con la misma intensidad y eficacia.

Luego de su definición proletarista, cuando fue Partido de la Revolución Mexicana, el PRI arribó a la conclusión de que no era un partido de clase sino de clases, incluyente, heterogéneo. No requirió para ello escindir el sector popular, donde cabían lo mismo boleros y voceadores, locatarios de mercados y choferes de taxis, que banqueros y empresarios. El partido gubernamental decidirá ahora si ese abigarramiento es viable hoy como lo fue ayer.

**La nómina de los grandes capitanes del sector privado que han tenido militancia abierta en el PRI es vastísima. Y por supuesto no han sido miembros secundarios, ni marginales.**